

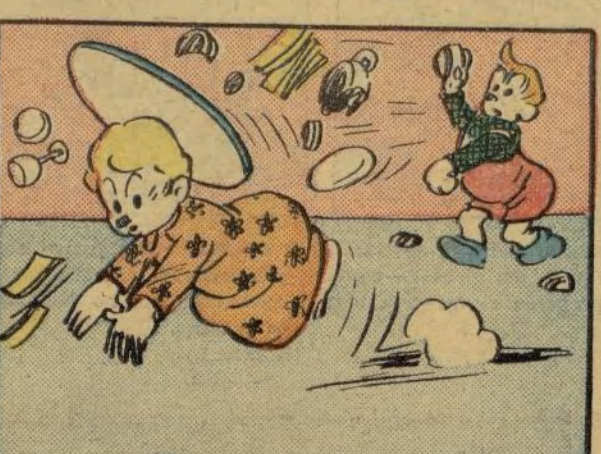
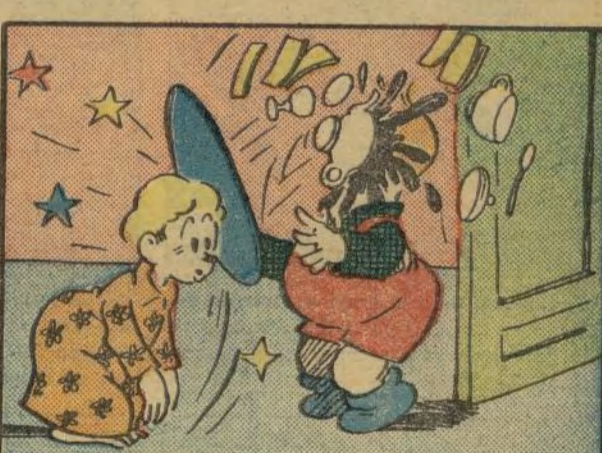


AÑO VI.—NÚM. 313

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)  
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

9 de mayo de 1935

## **LAS FAMOSAS AVENTURAS DE MOSQUITO Y MOSCARDÓN**



# Andanzas de Miguelín

## EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA

### ¡ARRIBA LAS MANOS!



El señor Randall—que así se llamaba el granjero a tuña niña salvó Miguelín—obligó a éste a permanecer una temporada en su casa. Días después le confió el encargo de llevar dinero a la ciudad próxima. Tenía fe ciega en la fidelidad y el valor de Miguelín.



"Vete siempre alerta—le dijo el señor Randall—, porque vaga por esta región el bandido "Manos largas", y es sujeto muy peligroso." Efectivamente, a medio camino, Miguelín vió a un hombre que trataba de esconderse detrás de una roca.



"Por si acaso es "Manos largas", habrá que proceder con cautela", pensó. "Hombre prevenido vale por dos." Desmontó, pues, se ocultó tras otra roca, y con su cuchillo cortó una rama en forma de horquilla. "Con esto burlaré al ladrón", dijo.



Sujetando la rama en la silla del caballo, Miguelín pudo encima su chaqueta. "Falta que el bandido no me esté observando", pensó el muchacho mientras asomaba discretamente la cabeza. Tranquilo ya, puso el sombrero sobre el palo.



Montado ya el muñeco sobre la silla, Miguelín fue guiando cautelosamente su caballo, con gran cuidado de permanecer oculto a la mirada del hombre que estaba escondido detrás y que de seguro estaba espiondo detrás de la roca.



Estaba llegando a ella cuando "Manos largas" se presentó súbitamente, dando el grito de "¡Manos arriba!" Como viera que no se le obedecía, disparó, derribando por tierra al figurado jinete y creyendo que podría ya desvalijar tranquilamente al caminante.



En el momento mismo en que "Manos largas" hubo disparado, Miguelín apuntó con el revólver que el señor Randall le entregara, y, protegido por el caballo, ordenó a su vez al bandido: "¡Arriba las manos, o disparo yo!"



Sorprendido por aquella inesperada orden, "Manos largas" levantó los brazos, y se dejó atar por el valiente Miguelín. Montando luego éste en su caballo se dirigió con su prisionero hacia el pueblo más cercano, con el arma dispuesta siempre a hacer fuego.



El "cherif" del pueblo estaba sentado a la puerta de su oficina, cuando se presentó Miguelín con su prisionero. "Bravo, muchacho", le dijo el representante de la autoridad. "Te felicito, y voy a entregarte la recompensa prometida."

Leed en el próximo número la siguiente aventura de Miguelín.



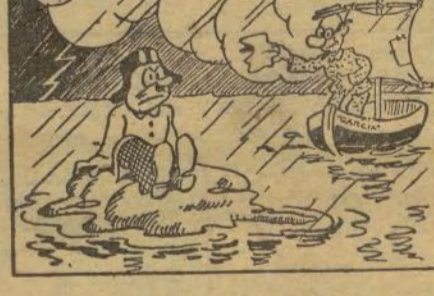
Don Tadeo tuvo la mala ocurrencia de emprender un viaje en globo, siendo sorprendido por una tormenta capaz de poner...



... los pelos de punta a un queso de boba. "Los rayos no respetan nada", decía don Tadeo al sentir las caricias de uno en retaguardia.



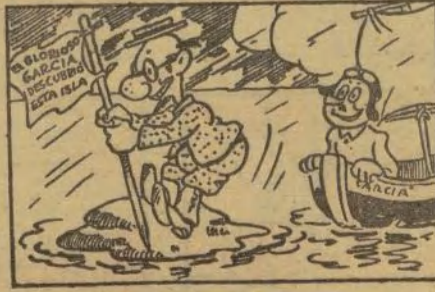
Como no podía menos de suceder, el incauto aeronauta supo prácticamente lo que es la ley de la gravedad, cayendo de cabeza en el mar.



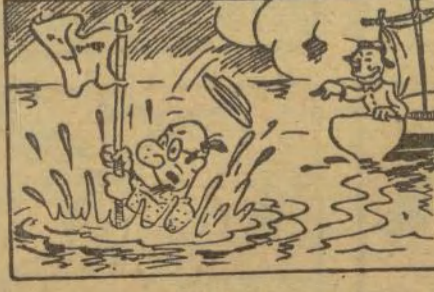
García tenía un espíritu aventurero, que le obligaba a estar siempre en busca de una isla que sólo existía en su imaginación calenturienta.



Y creyendo que aquello sobre lo que posaba don Tadeo era la soñada isla, le entregó unos billetes a cambio del derecho de descubridor.



Don Tadeo pasó a la barca de García y éste a la barquilla del globo de aquél, en la que se proponía clavar esta bandera.



Pero al hacer fuerza para clavar, vió, con sorpresa, que el suelo cedía bajo sus pies. Y es que no sabía que había islas de mimbre.



Ni tampoco sabía que el fresco de don Tadeo se iba a marchar con su dinero y su barca, dejándole a él tan solito, en medio del mar y subido a una cucaña.



Comienza hoy esta emocionante novela, cuyos interesantísimos episodios habrán de cautivar la atención de todos los lectores.



Muchas tardes, en aquel pueblecito costero, salía Martín Lawson a la puerta de la posada en que servía, y se ponía a contemplar pensativo el misterioso castillo que dominaba el pueblo y el mar.



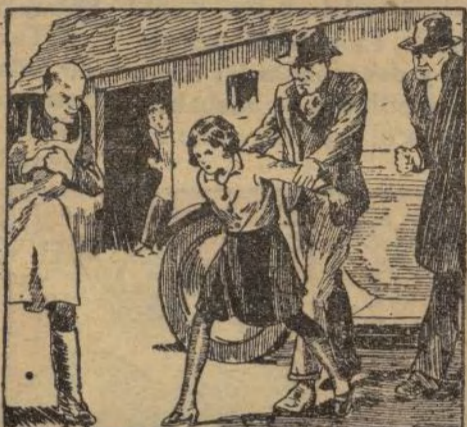
Aquel día vino a interrumpir sus meditaciones su amo, el enigmático viejo Silas, que apareció junto a él, diciéndole ásperamente con ojos fulgurantes: "¡Anda a trabajar, bribón. Siempre estás holgando!"



Y acompañó sus palabras con una cobarde bofetada. "Vete a limpiar la cuadra", añadió iracundo. Y el pobre Martín, restregándose la mejilla lastimada, cruzó la calle y penetró en la cuadra.



Atolondrado el muchacho puso manos al trabajo, y pronto acabó la tarea. Minutos después oyó el ruido de un "auto" que se acercaba, y, movido de curiosidad, se acercó a la puerta para verlo pasar. No era frecuente ver en aquel pueblo "autos" elegantes.



El coche se detuvo a la puerta de la posada, y con gran asombro vió Martín que descendían de él dos hombres, uno de los cuales sujetaba a una niña que forcejeaba por desasirse. Y oyó que el posadero decía: "¡Muy bien! ¡Metedla en casa!"



La niña dió un grito pidiendo socorro, y Martín, temblando de indignación, soltó la escoba y se dirigió resuelto hacia la calle. "¡Pobre chica!", iba diciendo entre dientes. "Es un deber ir a socorrerla. ¿Qué querrán hacer con ella esos cobardes?"



Pero apenas el muchacho había avanzado algunos pasos, cuando alguien le detuvo por el hombro. Volvió la cabeza y vió a un hombre corpulento, vestido como los marinos, que le sujetaba con un gancho que llevaba a falta de mano izquierda.



"No te metas en lo que nada te importa", le dijo el hombrón. Y antes de que Martín se diese cuenta de lo que sucedía, el capitán Morgan le dió un violento empujón, que le hizo caer de espaldas en tierra.



Cuando Martín pudo incorporarse jadeante, el extraño marino sonrió torvamente y, lanzando una fiera mirada al muchacho, volvió las espaldas y salió de la cuadra, entornando la puerta tras sí. Nuestro amigo quedó desconcertado.



Momentos después, Martín oyó la débil voz de una niña que pedía auxilio, y comprendiendo que se trataba de la niña que había visto introducir en la posada, se puso en pie de un brinco. "Tengo que saber lo que aquí pasa", dijo.



Salió de la cuadra, y al punto pudo ver en una de las ventanas de la posada a la niña forcejeando con uno de los hombres que la habían traído. "¡Dejadme! ¡Dejadme!", gritaba la infeliz con voz chillona y matizada de espanto.

¿Qué misterio se encierra en aquella posada de las dos llaves? Leed JEROMIN el próximo jueves y lo sabréis.

## "EL HEIRDE" CUENTO



Perico era un chico muy bruto. El más bruto de toda la pandilla. Era el último en la clase, y jamás pudo su maestro hacerle aprender que aquella letra tan redondita se llama o. Fuera del colegio, Perico parecía otro. Parecía otro más bruto todavía. En cuantos juegos tomaba parte, cargaba siempre con el peor puesto: Si al escondite era, se pasaba todo el tiempo buscando a sus compa-

ñeros, sin lograr nunca encontrarlos; sobre él saltaban todos sus amigos cuando jugaban a "pídola". Si en aquella época se hubiese conocido el fútbol, seguramente que Perico hubiera actuado de árbitro, que es el puesto de los "tortazos". Era, en fin, Perico más infeliz que bruto, y de una torpeza tan aguda, que no sabía ni lavarse la cara. Claro que esto no es de extrañar, porque el angelito tenía una configuración facial más irregular que el verbo asir, y había que hacer verdaderas filigranas para dejarle el rostro adecentado. De la cabeza, para qué hablar; sobra con decir que todos los peluqueros que tuvieron la desgracia de ejercer sus funciones sobre aquel hermoso zepelin, cerraron los establecimientos porque perdían dinero. De figura no andaba mal del todo, salvo una leve cojera, fruto de sus aficiones a montar en burro.

Como ya se encontraba en la edad en que tenía que cumplir el servicio militar, Perico acudió al Ayuntamiento con intención de librarse por bruto, cosa que no sucedió a causa de ciertos temores que por entonces había de una posible guerra. Había que reclutar hombres, fueran como fueran, y Perico no tuvo más remedio que partir a adiestrarse en el manejo de las armas.

Nada más empezar la instrucción, Pe-

rico ocupó por derecho propio el número uno en el pelotón de los torpes. Cuando el sargento ordenaba: ¡Media vuelta a la derecha!, Perico giraba hacia la izquierda, alejándose del pelotón. Acércate, hermoso—le decía el sargento—. Dime: ¿Dónde tienes la mano derecha?... —En la cabeza, mi capitán—contestaba Perico al mismo tiempo que saludaba. Así siempre. Hasta que los temores de que se produjese la guerra se convirtieron en realidad.

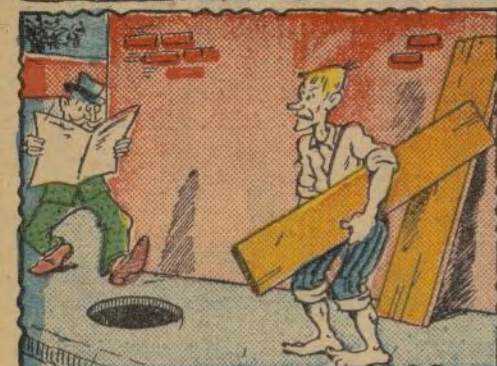
Aquella noche se iba a librar la primera batalla. Era una noche muy oscura, muy oscura y con una tormenta muy grandota. Avanzaban los soldados casi sin verse unos a otros. De pronto, un oficial ordenó media vuelta a la derecha, y sucedió lo que tenía que suceder. Que Perico viró a la izquierda, y cuando quiso darse cuenta se encontró solo en medio de un bosque y en la más negra de

las noches. Azorado y lleno de miedo comenzó a disparar el arma, con tan buena fortuna que una bala fué a parar a la cabeza del general enemigo, que a pocos pasos de allí se encontraba con su tropa. Cuando los soldados vieron muerto a su general, empezaron a dar voces, creyendo que el ejército enemigo les había sorprendido. Y en medio de una enorme confusión, y entre desordenadas carreras, organizaron una bonita batalla entre ellos mismos. A los diez minutos no quedaba un soldado sano; los que no habían muerto habían huido despavoridos.

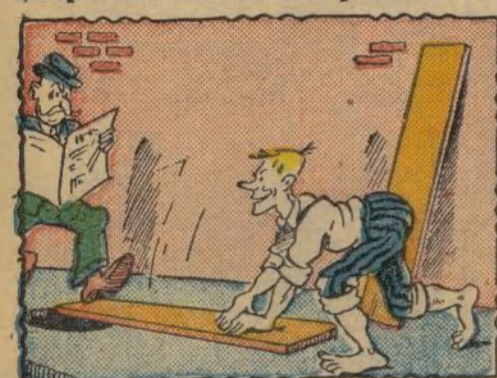
Cuando, atraídos por el fragor de la batalla llegaron los compañeros de Perico, se encontraron a éste convertido en dueño absoluto del campamento. Allí mismo, su general le impuso la Gran Medalla del Valiente, que sólo a los héroes más héroes se podía conceder.



# CASCARILLA ES UNA ARDILLA



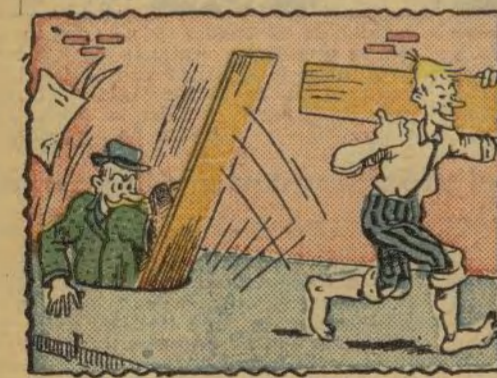
Ahora está Cascarilla colocado en una carpintería, y el patrono le mandó que fuese al almacén por unas ta-



blas. Estaba descansando, cuando vio venir a un señor muy enfangado en la lectura. Cascarilla vio que el señor



iba a caer en una alcantarilla, y con toda rapidez trató de evitarlo, en la forma que veis. El señor creyó que el



chico había puesto la tabla con intención de que tropesase, y le amenazó duramente. Entonces Cascarilla dijo: "¿Ah, sí? ¡Pues ahí se queda!"

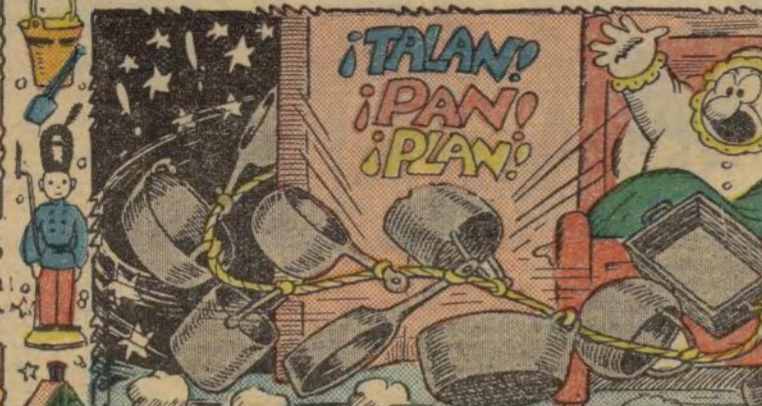


"Kilómetro" y Laura emprendieron el camino un pie tras otro, y se juraron amistad eterna, por lo menos quince años.

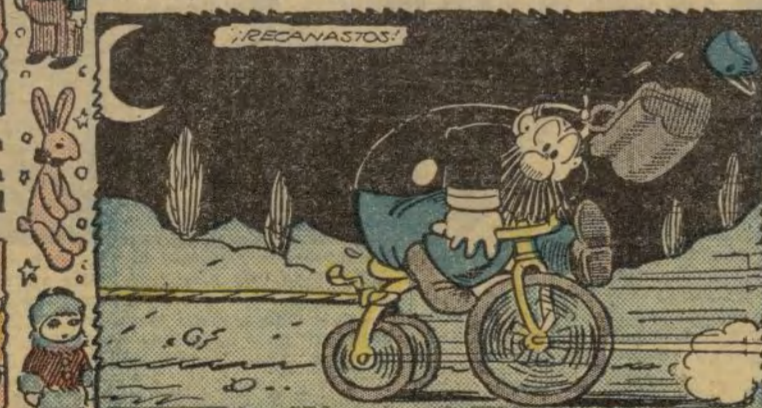
# HAZAÑAS AL ALIMÓN DE



El capitán no podía dormir. La idea de escapar de la isla no le abandonaba, y devanábale los sesos urdiendo planes de fuga. Los pilluelos le atisbaban y Barba-Cana maldecía contra el capitán, como de costumbre.



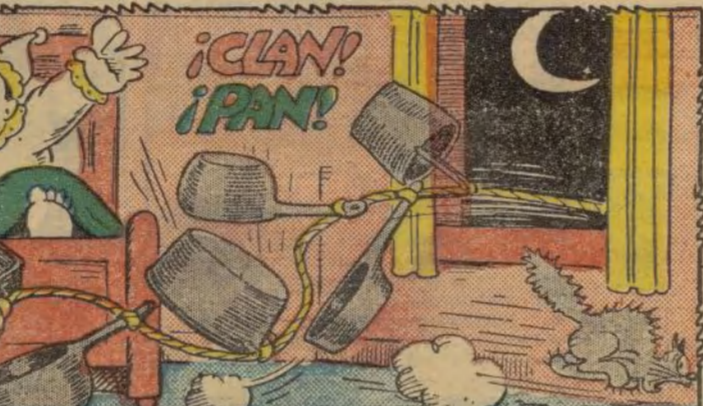
Le dió marcha el capitán a los pedales y arrancó a una velocidad de quince kilómetros y diez y siete metros por hora. Mas así que la acuerda, que iba atada a la trasera del velocipédo, se puso en tensión, arrastró, con estruendo horribles, toda la



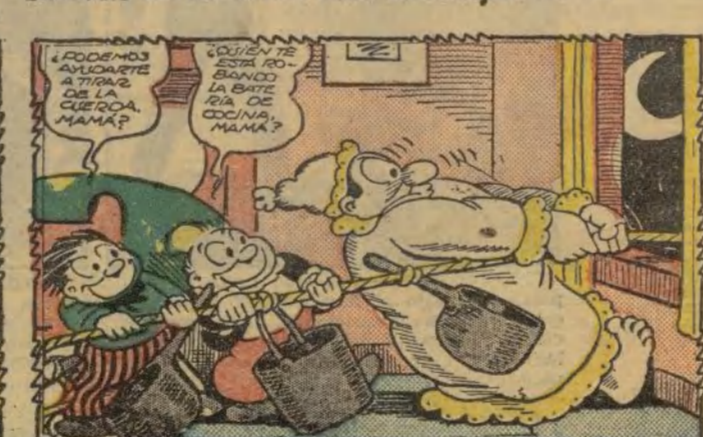
Pero al ir a apearse notó, aterrado, que la escena del barco se repetía y que no podía desprenderse del sillín ni de los puños del guía. "¡Revelocipédo!" —exclamó, dando diente con diente y muela con muela—. ¡Estoy perdido!"



Tarugo y Perdigon, sigilosamente, fueron atando toda la batería de cocina de mamá Tecla a una buena sogá, y, al tiempo, pintaron de coia líquida el sillín y los puños del guía de su triciclo de carreras. ¡Menuda estaban fraguando!



retumbante batería, y como los autores de la hazaña habían cuidado de que diera la sogá vueltas por toda la casa, pucheros y cacerolas conmovieron todos los ámbitos del hotel con ensordecedores ruidos.

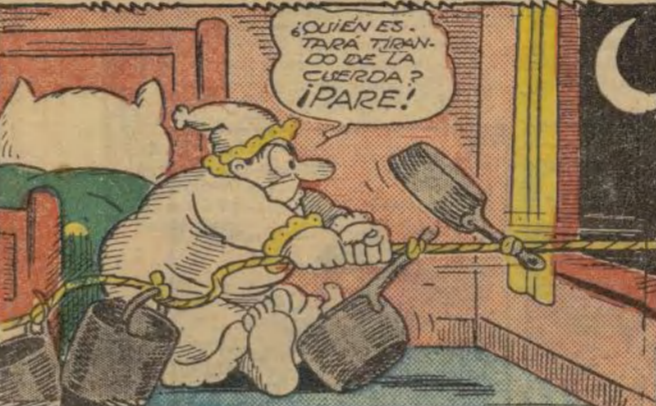


A todo esto, mamá Tecla, secundada por los pilluelos, tiraban de la cuerda. "Debe de ser la banda de ladrones del Gato Pardo la que se ha querido llevar la batería, mamá" —exclamaba Tarugo—. "Vamos con ella" —gritaba, animosa, la dama.

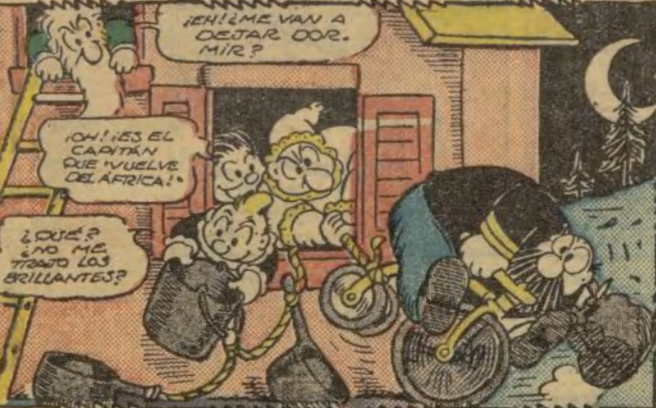
# TARUGO Y PERDIGÓN



Y, a media noche, Tarugo llamó sigilosamente al capitán. "Capitán—le dijo, abriendo la ventana—, le hemos preparado una escalera para que pueda fugarse, y aquí tiene usted nuestro triciclo de carreras para poner tierra por medio"



Mamá Tecla despertó sobresaltada, pensando que la casa se hundía, pero bien pronto apercibió que trataban de robarle sus cacharros; entonces se agarró a la cuerda como una leona y comenzó a tirar igual que para un campeonato.



Y cuando los ojos de mamá Tecla vieron que la banda del Gato Pardo se transformaba en el fugitivo Terre-Moto, dió la señora un berrido que desgajó tres arbolillos. "¡Perdón!—musitó el capitán pálido, lívido y polvoriento.



"Mucho le hemos hecho de rabiar — continuó Perdigon—; pero ahora queremos ser amigos, y puede usted marcharse al Africa; adiós, capitán". "Gracias, hijitos—sollozó el capitán—. Cuando llegue al Africa, os mandaré un cubo de brillantes".



Terre-Moto sintió de pronto que el triciclo se detenía bruscamente, como si una mano misteriosa hubiera tirado de él, y pensó que, sin duda, se había atascado en algún bache. "Vamos a ver qué es lo que pasa, Nicolasa"—se dijo el fugitivo.



Pero no le valió de nada. Mamá Tecla le dió una paliza completamente antifugitiva, y le detuvo en la forma que podéis ver. Pero Trabucazo y el adivino habían preparado la fuga de Terre-Moto y se disponían a socorrerle. ¿Escaparía el capitán?

(Continuará.)

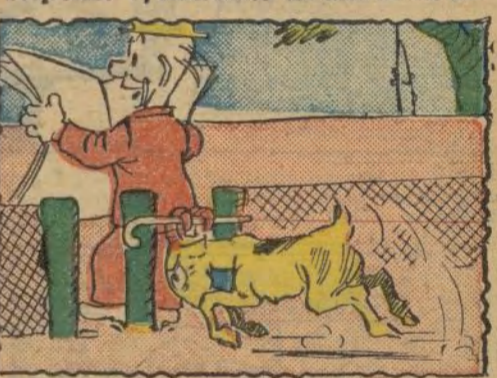
# REPOLLO CARA DE BOLLO



Paseaba muy tranquilo Repollo por el campo, cuando vió que un carnero le miraba con intención de em-



bestirle. "¡Se creará este infeliz animalito que yo tengo miedo!" — dijo Repollo. Y, haciendo un alarde de in-



genio, colocó el bastón en los cuernos del carnero y se puso a leer el periódico tranquilamente, pero el cornu-



to, no menos ingenioso, ya que no pudo embestirle con la cabeza, le embistió con las patas, propinándole una coz que a poco le desencuaderna.

# Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Lo que no sabían es que habían entrado en los dominios del fiero Ceporrito, el cual, cuando les olfateó, decidió perjudicarles.



"Kilómetro" tenía un olfato que percibía cualquier cosa desde tres leguas de distancia, y pronto dió la voz de alarma, emprendiendo la fuga.



Si Laura hubiese podido volar, creemos que habría roto el pacto de amistad eterna, pero no podía ser, y hubo de huir con "Kilómetro"



Ya sentían sus carnes traspasadas por los horribles colmillos de Ceporro, cuando Laura tuvo la idea sublime que podéis ver.



Y el fiero Ceporro quedó burlado al borde del abismo, mientras que los dos camaradas proseguían sus aventuras rumbo a lo desconocido.



Resumen de lo publicado.— Antonio, un muchacho huérfano, es contratado como artista en el circo Smith; pero su brutal tutor, el trape-cista Bepo, amenaza con hacer valer sus derechos.

## COMPANEROS DE CIRCO



Aunque, aparentemente confiado, Antonio miraba de reojo a su tutor conforme éste se le acercaba; y así fué que cuando Bepo hizo un rápido ademán de querer pegar al muchacho, éste, de un salto, se puso fuera de su alcance.



Bepo se quedó estupefacto, como nunca en su vida. Se quedó mirando al muchacho como si no diese crédito a sus sentidos. Hasta entonces, su pupilo le había dado muestras de entera sujeción, y ahora parecía querer independizarse de él sin temor alguno.



Bepo se acordó entonces de las palabras del señor Smith, y al ver aparecer a Mercedes se contuvo, y, dando media vuelta, se alejó. "Lo he oído todo", le dijo la muchacha a su amigo. "Eres un valiente que sabe plantar cara a ese matasiete."



"No temas. Papá sabrá decirle algo eficaz", añadió ella sonriendo. "Déjale que siga su camino. Tú ahora eres un artista de la compañía, ni más ni menos que él." Mientras estaban hablando, vieron a Bepo que, salía de su tienda y se alejaba.



"Tengo que saber a dónde va", dijo Mercedes. Bepo llegó a unos matorrales. Allí se detuvo, e inmediatamente apareció junto a él una persona. Era Oscar Waldorf, el rival de Smith. "Aquí estoy", le dijo al trape-cista. "¿Qué deseas, Bepo?"



"Escuche, usted", respondió éste. "Estoy ya cansado de ese señor Smith." Los dos hombres siguieron departiendo hasta que de pronto vieron que otra persona se acercaba hacia ellos. Era el señor Smith. Waldorf desapareció rápidamente.

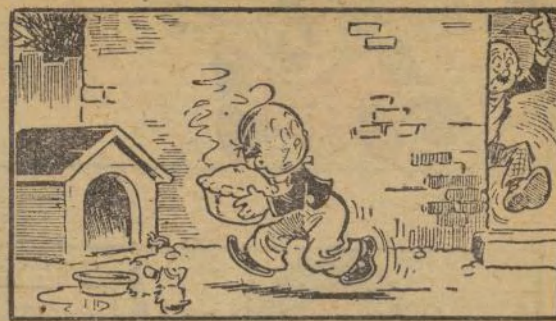


Bepo se volvió y vióse frente a frente del señor Smith. "¿Con quién estaba usted hablando, Bepo?", le preguntó el dueño del circo. "Eso es cosa que no le interesa a usted", le respondió el trape-cista con mirada retadora.



Dicho lo cual, volvió la espalda al señor Smith, y se alejó. "Yo tengo que averiguar lo que aquí sucede", se dijo el padre de Mercedes. "Apostaría algo a que estaba hablando con Waldorf, precisamente." (Continuará.)

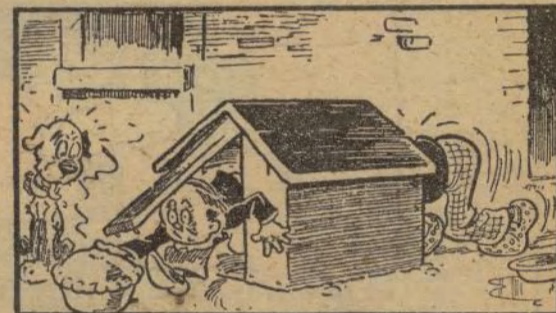
## ¡EL DEMONIO DEL NIÑO!...



Manolín había burlado a don Bonifacio una hermosa tarta, y huía con ella sin saber dónde esconderse, pues don Boni le seguía con intenciones bastante feas.



La casualidad quiso que Manolín tropezara con una perrera, y en ella se coló dispuesto a saborear tranquilamente la rica confitura.



Pero don Bonifacio no se dejaba engañar tan fácilmente, y, siguiendo el mismo camino que Manolín, le obligó a salir por la parte posterior.



Dando lugar a que el inquilino perruno, que no comía hacía ocho días, se hiciera el propósito de digerir la tarta y saliera por pies tras Manolín.

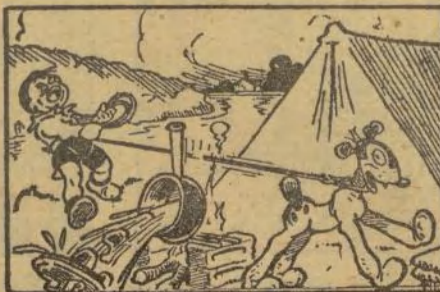


Sólo a la vista de un hermoso hueso cesó en su carrera el hambriento can. Pero a todo esto don Bonifacio había cumplido ya su triste sino, quedando hecho unos zorros.

## EL PERRITO VAGABUNDO



El perrito "Pelanas" no podía faltar allí donde hubiera probabilidades de llenar la panza. Pero no veía, atento al olorillo de la olla, que Gabinito manejaba tras él el lazo con intención de atraparlo.



Y así fué, ya que Gabinito tenía un tino formidable. ¡Qué risa le daba al muchacho ver que el "Pelanas" no podía soltarse de su mano! Lo que no vio fué que con la cuerda había tirado...

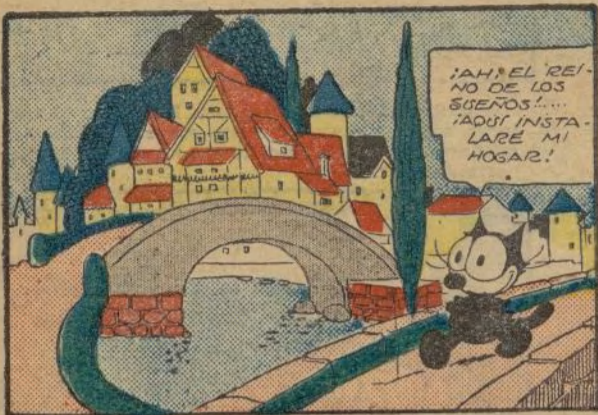


... el oloroso guiso, ni vió tampoco que la llama iba quemando la tirante cuerda. Hasta que ésta se partió, lanzando a Gabinito en dirección al río. Y dejando al perrito en libertad.



Y mientras Gabinito sufría un remojón de los buenos, el "Pelanas", terminaba su aventura como siempre, dándose tal festín, que el de Baltasar a su lado fué un modesto pisco-labis.

# ANDANZAS DE GATO FELIX



De nuevo volvió Félix a caer en el reino de los sueños y entonces sí que se sintió de veras feliz. Las casas del país de los sueños eran de mazapán; las torres, de turrón, y los ríos y mares, de limonada, mantecado y arroz con leche.



Aquello era más de lo que nuestro gato podía desear; después de haberse pegado un atracón de mazapán, que se comió tres pisos de una casa, vió cómo de entre dos peñas feroces salía un manantial de agua, azucarillos y aguardiente.



El gatito, primero, se hinchó la barriga, bebiendo a chorro, que lo hacía muy bien, pues se había llevado un campeonato de beber en botijo; pero, no contento con aquello, se coló en el pilón, bañándose en el manantial exquisito.



Pero, de pronto, se sintió despertado violentamente por una ducha suministrada por la señora Emerenciana, ante cuya casa se había quedado dormido, y la buena señora, que odiaba a los gatos, le espetó el cubo de agua sucia.



Renegando de su mala estrella, Félix se alejó de la casa fatal, pensando aún en aquellas fuentes de arroz con leche y aquellas casas de turrón y mazapán del país de los sueños, de donde tan violentamente le desplazarán.



Y así pensando, se le ocurrió de pronto una idea eléctrica o sea luminosa. Recordó Félix que había existido una princesita que durmió durante cien años, según había sabido él por las aventuras de "Jeromín, el Príncipe azul".



Y como en las aventuras de "Jeromín, el Príncipe azul" se especificaban los lugares por donde había andado la princesita dormilona, Félix se hizo peregrino, y, andando por zanjas y baches, valles y montañas, llegó a parajes desconocidos.



Todo su afán era dormir, dormir años y años en aquel maravilloso país que ya había entrevisto. Y de pronto, brotaron por todos los sitios unos simpáticos hombrecillos, los enanitos del bosque, que le invitaron a venir con ellos.



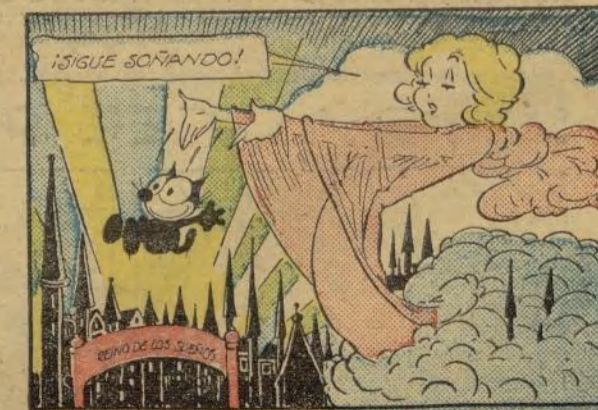
Los enanitos del bosque eran simpáticos hasta dejarlo de sobra, y, deseosos de proteger a Félix, le dijeron que ellos sabían fabricar un bebedizo que la haría dormir, si no cien años, como la princesita, por lo menos veinticinco meses.



Los enanitos fabricaron el bebedizo mágico y se lo endosaron a Félix, en tanto que ellos se atracaban de cerveza amarga, que es la bebida favorita de los enanitos del bosque, y celebraron una cuchipanda en honor del futuro durmiente.



A los diez y siete minutos de haberse tragado el bebedizo, Félix comenzó a sentir un dulce sopor igual que si estuviera presenciando un drama rural, y poco después dormía como un leño. Los enanitos le arrojaron con hojas y pétalos de flores.



Y poco después llegaba el hada inmaculada, hada de los sueños, y cogió a Félix de sus manos de seda. El hada de los sueños de color de rosa cogió al gatito como decíamos, y de un solo golpe lo lanzó de lleno al país dorado de los sueños venturosos. ¡Qué feliz iba a ser!

(Continuará.)